


## Sección de Literatura.

### DERECHOS DE LA MUGER.

#### ARTICULO SEGUNDO.



Si atendemos á la idea de que Dios dotó al hombre y á la muger con unos mismos dones y facultades naturales para proveer á la comodidad general é individual; en una palabra, que los creó para que cumpliesen juntos las leyes de la vida, debemos tambien conceder que pertenece á la muger un campo mas vasto para poner en práctica sus facultades, que el que le presentan las ocupaciones domésticas, á las cuales en el dia, como en todos tiempos, se esfuerza el hombre en concretar al sexo femenino sin distincion de clase, inclinacion ó capacidad. Es preciso convenir tambien en que estos limitados círculos no ofrecen suficiente ocupacion á todas las mugeres; que no todas, casadas ó solteras, viven en las mismas relaciones domésticas, ni reciben la misma educacion; y sobre todo, no participan de las mismas inclinaciones. No es, pues, probable que el sabio Creador de tantas facultades, les haya dado en vano habilidades y talento, porque lo que no se utiliza es de ningun valor para el que lo posee y para los demas; es un capital muerto; y segun está escrito, el mismo Dios nos manda adelantar con creces el bien que nos confia. No estamos, pues, destinadas solamente á servir en el hogar, y como una prueba de esto, no todas las mugeres son madres de familia, porque no todas tienen una casa que dirigir, ni hijos que criar. La Providencia ha colocado á muchas en posicion en que necesitan tener cuidados y atenciones muy distintas; en que ne-

cesitan escoger otras ocupaciones, para dar interés á su desolada existencia; para sentir que son de alguna utilidad al mundo. Y cuando se concede al hombre campo tan vasto para escoger una profesion; cuando es libre de escoger ocupacion para el porvenir, segun sus diferentes facultades físicas é intelectuales, ¿por qué se traza tan estrecho círculo al rededor de la muger? ¿Por qué ha de obligárenos á abrazar ciegamente un estado, sin consultar nuestros deseos, ni la estension de nuestras facultades? Tanta injusticia, tal parcialidad con respecto á seres igualmente dotados, no tiene egemplar en la naturaleza, y se ha introducido solo por el capricho y soberana voluntad del hombre. Varias son las facultades que el Creador nos ha concedido, y varias deben ser, por tanto, las aplicaciones que de ellas se hagan. No deseamos ser consideradas bajo todos respectos como iguales al hombre: no reclamamos una parte en sus puestos y dignidades: no pedimos absoluta monarquía en el hogar ni en el trono; ningun derecho que no se nos deba de justicia; pero queremos que se nos permita obrar libremente, y seguir nuestra vocacion; y nuestros mismos esposos debieran desear que así fuese, sin que nuestros deberes hácia ellos nos fueran imperiosamente prescritos. Cuando llegamos á cierta edad queremos se nos considere como correspondiente; que se nos conceda manejarnos sin guardas ni tutores; y que no se nos guíe como con riendas hasta el sepulcro, ni nos conduzcan por la mano, á la manera de un ciego. Todo hombre que piense rectamente debe considerar



justa esta pretension, y confesarse obligado á sostenerla, como el natural defensor de los derechos de la muger; pecando, si no lo hace, contra la naturaleza, al mismo tiempo que pierde la mejor aplicacion de su preponderante fuerza, y abandona su mas sagrado deber.

Examinemos ahora la posicion y empleo de las distintas escalas de nuestro sexo, y hallaremos una diferencia desventajosa para las clases alta y media. Vemos las esposas y las hijas de la infima clase ocuparse asiduamente en ayudar en sus trabajos á sus padres y maridos. El trabajador, el artesano y el traficante no solo reciben la cooperacion que voluntariamente les prestan ellas, sino que generalmente la exigen como un deber, cuando las mugeres de su familia han desempeñado sus quehaceres domésticos; y al mismo tiempo que les pide ayuda, no pierde nada de su dignidad: queda siendo el jefe y apoyo de su casa; pero reconoce la industria y capacidad de sus fieles compañeras: él les da una parte en los placeres y pesares de su estado; las mira como sus iguales, y no se considera distante de ellas en la escala de la vida: de aqui nace cierta igualdad que propende á mantener la paz de la familia, y la mútua felicidad y respeto. Las jóvenes de la última clase, amaestradas en toda clase de ocupaciones, estan seguras de ganarse su subsistencia, y ver su porvenir libre de la miseria: ¿por qué razon, pues, se priva á las de las clases alta y media de poner en accion su talento, cuando tan vasto campo de utilidad puede presentárseles? ¿Por qué no han de desear adquirirse por sí solas una honrosa posicion, y vencer las insuperables dificultades que solo estas clases experimentan contra su natural impulso, contra las que no les es dado un remedio? Las mugeres de las primeras clases no pueden seguramente tomar parte en las ocupaciones de sus padres y maridos: ninguna muger razonable

querria ayudarles en la administracion del Estado, ni en las profesiones científicas, aun suponiéndola capaz de ello. Pero dejando á un lado la esposa y la madre, encontraremos en otra esfera una gran porcion de mugeres solitarias, que no tienen obgeto que las una á la vida, y á las cuales seria aun mayor injusticia privarlas de la facultad de ocuparse segun su inclinacion y habilidades. Muchas sendas tienen abiertas, y muchas mas tendrian, si el hombre, natural defensor de los derechos de la muger, la sostuviese con su consejo y proteccion, enseñándola á ejercer sus conocimientos en beneficio de los otros, haciéndola conocer sus propias faltas, y juzgando imparcialmente sus esfuerzos. Esto produciria en nuestro sexo confianza en el juicio varonil, y nos dispondria á dirigirnos á él en todas ocasiones. La prontitud con que el hombre se prestara á tomar parte en nuestras ocupaciones, nos obligaria á examinar nuestros trabajos con mayor detencion, fortaleciéndonos contra el escollo del amor propio, y nos obligaria á emprender solamente lo que fuésemos capaces de desempeñar. Pero desgraciadamente le oimos hablar casi siempre con desdén de los trabajos de la muger, como no sean en asuntos domésticos. Ellos las consideran incapaces de desempeñar la educacion de la infancia, y de ocuparse en estudios científicos y trabajos literarios. De aqui procede naturalmente la amargura que nace en el seno de la muger, y no pocas veces la falsa impresion con que el severo juez, impelido por una celosa envidia, no quiere sufrir en su campo un rival femenino, é intenta por tanto probar que nuestro sexo es incapaz de pisar la misma senda que él. Sea la causa de este sistema preocupacion, envidia ó error, será siempre una injusticia. Concedo que nuestro siglo es demasiado rico en producciones femeninas, que la literatura cuenta muchas autoras sin talento, superficiales y pedantes. Pero ¿no hay igual número de



medianías en todo género en el sexo masculino?... Y ¿á quién toca curar esos males, separar al falso profeta del verdadero, examinar la natural disposición, distinguiendo de la multitud al hombre ó la muger de genio? El adelanto está en mano del mas fuerte, y el hombre es como tal generalmente reconocido. El obra como un padre en la educacion, evita la dura crítica, y enseña á no equivocar las inclinaciones naturales, preparando al mismo tiempo á las jóvenes contra la idea exagerada que pueden formar de sus disposiciones. En este punto de una educacion defectuosa, la reprobacion no debe caer solamente sobre la madre, porque si han de atribuirsele estos errores, el hombre deberia como marido esforzarse á desarraigarlos de ella en tiempo oportuno; y si se hallan por desgracia demasiado inveterados, puede á lo menos evitar que influyan en la educacion de sus hijas, encargándose personalmente de ella. De nuevo obra como juez en los trabajos públicos, como crítico en las obras del arte ó de la literatura, como guarda en los seminarios é institutos públicos dirigidos por mugeres, y últimamente como amigos y consejeros en la vida privada. Aunque puede muchas veces la muger, vana, mal dirigida, y ciega por la falsa alabanza de los lisongeros, ser difícil de convencer de su incapacidad, es rara vez inaccesible á la verdad y á la razon; y si personas bien intencionadas quisieran indicarle sin sarcasmo que han emprendido una falsa senda, y que podria alcanzar por otra su objeto de ser útil á los demas; la conviccion se conseguiria fácilmente, y daria sin duda saludables frutos. El verdadero talento deberia ser reconocido, publicado y estimulado por un justo aprecio, donde quiera que existiese: esto no solo es conveniente para los que merecen ese reconocimiento, sino tambien para los que han sido desgracia-

dos en sus tentativas. Condúzcase á la muger á un campo mas vasto, y pruebe á las mas pobres inteligencias que no fue desatendida como muger, sino como poco versada en la literatura y las artes. Si los hombres que por su posicion tienen importancia en el mundo, y cuyos conocimientos y carácter imparcial son conocidos y apreciados, se tomasen la molestia de examinar los trabajos femeninos, sean los de la autora ó de la artista, y los tratáran con bondad, pero con estricta crítica, señalando sus errores, estimulándolas á continuar, ó aconsejándolas abandonar la palestra; y por último, maneándose con ellas libres de todo espíritu de partido, pronto se conoceria que las facultades intelectuales de ambos sexos fueron distribuidas con equidad por la naturaleza, y que la muger en su esfera puede mostrar tanta ciencia y exactitud, tanto talento, profundidad, gusto y energia como el hombre.

Las mugeres que se dedican á la enseñanza, haciendo de ella la ocupacion de su vida, estan sujetas sobre todo al examen de los competentes inspectores. Todo hombre que emprende una profesion, debe dar pruebas positivas de su capacidad antes de ser admitido en ella; y las mugeres deben del mismo modo probar que son á propósito para el difícil cargo de educar la juventud, antes de emprenderlo. Esto pondria fin á las repetidas quejas contra la pobreza, que resulta de la imperfecta educacion femenina; ó caeria con razon la responsabilidad sobre el hombre, que concede á la que no lo merece tan importante encargo. De ese modo se lograria afirmar mas profundamente todos los preparativos para la enseñanza, y la muger que fuese inútil para ella se retiraria de la escena alarmada con la certidumbre de que habian de desecharla, cuando fuesen examinadas sus facultades.



## VARIETADES.

### LOS DOS ARTISTAS.

#### I.

#### EL DESAYUNO.

Plasencia es una pequeña y encantadora ciudad de Estremadura, en donde mas que en ninguna otra parte han dejado los árabes maravillosos monumentos de su fantástica arquitectura; aun ahora no puede menos de pararse el viagero lleno de admiracion en medio de sus tortuosas calles formadas por cien bellos palacios, pues no merecen el nombre de casas aquellos edificios sembrados de graciosos relieves y que parecen mas bien la creacion de una hada oriental que la obra de un hombre.

Esto es en nuestros dias; júzguese ahora del espectáculo que debería ofrecer Plasencia en el siglo XVI, de la impresion que debería producir en la ardiente y poética imaginacion de un jóven que por toda maravilla no habia visto hasta entonces mas que la humilde iglesia de Pilas, y las pobres chozas agrupadas á su alrededor; lleno de sorpresa, conmovido hasta derramar lágrimas, corria de pórtico en pórtico juntando las manos, levantándolas hácia el cielo, y dejando escapar algunas de aquellas sencillas exclamaciones por las cuales los españoles en su emocion llaman en su ayuda á todos los santos del paraíso.

—¡Virgen Santísima, esto es hermosísimo! ¡Dios mio, que bella casa! ¡San Estéban mi patron me valga! ¡estas son maravillas dignas del cielo!...

El que hablaba asi, y en quien los monumentos de Plasencia parecian producir una tan viva impresion, era un muchacho como de hasta diez y seis años, en cuyas facciones se notaba aquella varonil hermosura que caracteriza en España á los montañeses; alto y de gallarda figura, descubria en sus mas insignificantes movimientos aquella elegancia natural que da una constitucion vigorosa, desarrollada por un egercicio continuo y una

vida sobria y frugal. Vestia el gracioso traje de los aldeanos de Andalucía, y por bagage llevaba un solo saco de lienzo no muy bien provisto al parecer. Cuando el jóven viagero lo hubo corrido, visto y admirado todo, sentóse sobre las gradas de un monasterio, descargó el saco de sus espaldas, púsole en tierra, tomó alegremente de él un pan de centeno cuya corteza frotó con una gruesa cebolla, y habiéndole partido en dos mitades, se puso á devorar la una con un apetito mas que mediano, que le hizo recurrir muy pronto á la otra que habia dejado sobre el saco.

Otro viagero, á lo que parecia de alguna mas edad, cuyo miserable exterior en nada perjudicaba á su buen aspecto, y que rato hacia le miraba atentamente, no pudo reprimir una estrepitosa carcajada al verle atacar con tantos brios el segundo pedazo; levantó el muchacho enojado la vista hácia el que con tan poca ceremonia le trataba, pero la alegría del desconocido era tan franca, tan comunicativa, que sintió disiparse su ira, correspondiendo al instante á sus carcajadas con otras no menos estrepitosas; y no paró en esto si no que invitó al estrangero á dividir con él un desayuno comenzado bajo tan risueños auspicios. Miró éste con ridícula gravedad lo que quedaba del pan.

—Sin duda, camarada, aunque teneis buen apetito no creéis en el de los demas.... ¿qué quereis que haga de esos míseros restos sobre los que por otra parte echais aun esas miradas codiciosas y llenas de dolor? pero.... no he de ser menos, me habeis convidado á vuestro banquete, y quiero convidaros al mio..... confio que á pesar de la buena cuenta que acabais de dar de esos mendrugos, os quedarán aun en el estómago fuerzas bastantes para honrar dignamente este pastel; y diciendo esto sacó de sus alforjas uno, cuyo esquisito olor fue-



ra capaz de resucitar á un muerto. Cuando hubo colocado sobre sus rodillas esta preciosidad gastronómica, descolgó de su cintura una pequeña bota llena de excelente vino de Valdepeñas, dividió luego religiosamente el pastel en dos partes iguales, y comenzaron á comer, el uno como si no lo hubiera hecho en seis días, el otro como si no hubiera devorado pocos minutos antes un pan que pesaba por lo menos tres libras. No permaneció olvidado el de Valdepeñas é íbase animando por instantes la fisonomía de los nuevos amigos, y aumentándose visiblemente su buen humor, cuando se abrió con estrépito la puerta del claustro, para dejar paso á un hombre enteramente borracho, á quien un monge sostenia, ó por mejor decir, empujaba con violencia hácia la calle.

—Fuera de aquí, gritaba el monge; fuera de aquí miserable que osas pisar este monasterio en semejante estado, profanando este sagrado lugar, y olvidando los importantes trabajos que se te habian confiado; fuera de aquí, y no vuelvas á presentarte jamas delante de mi vista, ó sabrás quien es el hermano Arsenio. ¿Cómo andarán ahora gracias á tu intemperancia los preparativos de la solemnidad de mañana?... y vosotros también ¿qué haceis ahí?... ¿desde cuándo las gradas de un monasterio se han convertido en refectorio de las gentes de vuestra calaña? añadió el religioso, descargando sobre los dos extranjeros el mal humor que le habia causado el borracho.

—No os incomodeis, padre, replicó el mas jóven (mientras que su compañero se apresuraba á recoger las reliquias del pastel amenazadas por el ancho zapato del monge), no os incomodeis. Pensábamos que unos religiosos que predicán la caridad no nos reprocharian como un crimen el venir á sentarnos á su puerta para comer mas holgadamente un pedazo de pan.

—Eres muy atrevido, dijo el monge cuyo enojo parecia disiparse visiblemente ante la charla y despejo del jóven montañés, ¿cómo te llamas?

—Estéban, ¿y vos padre?

Al oir el monge esta pregunta miróle con aire de sorpresa, y vaciló un instante como dudando de lo que debería responder.

—El hermano Arsenio. Pero.... no me has dicho mas que tu nombre de bautismo, ¿y el de tu familia?

—¡Oh! eso es un secreto.

—¿Por qué razon?

—Porque me he escapado de la casa de mi padre, y si os digese mi apellido podriais encaminar fácilmente á los que sin duda deben venir en mi alcance.

—¡Escaparse de la casa paterna! en verdad que está muy mal hecho.... pero ¿qué motivo ha podido sugerirte una accion semejante.

—El deseo de ver á Velazquez, y de ser admitido entre sus discípulos.

—¿Con qué eres pintor? preguntó el padre sonriendo.

—Sí, repuso el muchacho, ofendido en cierto modo de aquella irónica sonrisa; sí, soy pintor y discípulo de Juan del Castillo mi abuelo; ¡ah! si viviese, aun estaria á su lado, y no me veria en la precision de correr por montes y valles en busca de otro maestro. Juan del Castillo me llevó consigo desde pequeño, y me dió algunas lecciones de su arte; á su muerte tuve que volver á casa de mi padre, casado hacia tres años en segundas nupcias con la muger mas avara y cruel de toda España. Mi madrastra sin tomar en cuenta mi vocacion por la pintura, y sin hacer mas caso de mis lágrimas que de mi desesperacion, quiso destinarme al oficio de zapatero. Mi padre, bueno naturalmente, aunque de carácter débil, aprobó este proyecto, y me puso de aprendiz en casa de un maestro.... dos dias despues, ya caminaba yo á grandes jornadas libre y contento en busca de Velazquez.

—Tengo ganas de ver hasta donde alcanza tu talento, dijo el monge (á quien el gentil desembarazo del muchacho parecia divertir en extremo), precisamente necesito un pintor para reemplazar á ese bribon que



acabo de echar fuera del convento: si quedo satisfecho de tí, si te hallas verdaderamente en estado de pintar unos escudos de armas y otros adornos, ganarás una moneda de oro.... vamos, ¿qué te parece?

—Perfectamente, ¡una moneda de oro! sí, ella me proporcionará los medios de acabar mi viage, porque os confieso que los últimos maravedises han servido esta mañana para comprar el pan que debía ser todo mi desayuno, cuando este honrado jóven me ha invitado generosamente á partir con él su pastelillo y el tinto de Valdepeñas; así pues, buen padre, si lo llevais á bien, será mi compañero en el negocio que acabais de proponerme, me ayudará á moler los colores, y le daré luego la mitad de la suma que me habeis ofrecido.

—Levantó el monge los ojos entonces hacia el amigo de Estéban, en quien no habia reparado aun.

—Si no me engaño, jóven, ese trage que vistes, es el que acostumbran á llevar los cautivos rescatados por los padres de la Merced.

—En efecto, vengo ahora de Argel, en donde he sufrido por espacio de tres largos años los padecimientos de la cautividad. Dios ha querido por fin poner un término á tantos infortunios, y héme aquí libre ya sobre el noble y hermoso suelo de España.

—¿Qué oficio era el tuyo antes de caer en manos de los bárbaros?

—El de soldado.

—Y qué, ¿piensas volver al servicio?

—Me es imposible; una herida recibida en este brazo me impide para siempre el manejo de las armas.

—¿Qué piensas pues hacer?

—Versos y novelas.

—¡Versos y novelas! de ese modo vosotros dos solamente, formais una caravana de artistas!... á pedir de boca; mientras tu compañero pintará los escudos que necesito, tú compondrás los motes, recibirás como él una moneda de oro. Te agrada la proposición.

—Sí.

—Pues manos á la obra: entrad señores maestros y á trabajar con ardor, pues todo ha de quedar dispuesto para mañana á medio día.

Y al mismo tiempo que esto decia el monge, introdujo á Estéban y su compañero en el coro de la iglesia, donde todo parecia preparado para una ceremonia fúnebre. Algunos tapices negros sembrados de estrellas blancas colgaban de lo alto de las columnas formando de trecho en trecho soberbios festones sostenidos por ricos broches de plata; levantábanse por todas partes hermosos candelabros llenos de blancas bugías, alzándose en medio del coro un túmulo cubierto con un paño bordado de oro. Mientras que los dos jóvenes miraban todo esto con admiración y sorpresa, el monge parecia gozarse en ellas y manifestaba una satisfaccion parecida á la que experimenta un autor que asiste al ensayo de una comedia suya que va á representarse de allí á algunos momentos.

—¿Para qué ceremonia se destinan todas estas cosas? preguntó el compañero de Estéban.

—Para los funerales de Carlos V, respondió el monge con énfasis.

—¡Cómo! ¿ha muerto el emperador? ¿Qué! ha perecido ya uno de los mas profundos talentos del mundo? Dispensad, padre: vuelto á Europa hace dos dias solamente, ninguna nueva tenia de tan infausto acontecimiento. ¿Con que ha muerto Carlos V! ¿Con que ha perdido para siempre la España aquel á quien debía toda su gloria y grandeza?...

—Consuélate jóven, Carlos V vive aun, solo ha muerto para el mundo: harto ya de grandeza y de poder, cansado de gloria, ha abandonado el trono y echado á sus pies el cetro, ha colocado sobre la cabeza de su hijo una diadema que pesaba demasiado en la suya.

—Sin duda, padre, quereis burlaros de mí; el emperador Carlos V no incurrirá jamás en una falta semejante. El sabia leer demasiado en el corazon del hombre para



desconocer el suyo hasta tal punto. Carlos V dejar el poder, el trono y el gobierno del universo que dirigia á su antojo con solo una señal de su mano... ¡ay Dios! esto seria un cuerpo sin alma. ¿Qué seria de esa inteligencia fuerte, de esa voluntad todo poderosa condenadas á la inaccion? Os lo repito, padre, vos quereis burlaros de mí.

—Pues cuanto acabas de oír es la pura verdad.... Carlos V ha repelido con desprecio lejos de sí la corona imperial, ha dejado Madrid para refugiarse en un convento, ha vestido la cogulla, y para romper del todo con el mundo y sus necias vanidades, mañana, aquí, en esta iglesia de San Yuste, van á celebrarse sus funerales.... despues nadie hablará mas de Carlos V.... no quedará de él en la historia sino un nombre vano, y en el convento un cuerpo debilitado por los sufrimientos, que pertenecerá ya al sepulcro, y una alma que aguardará con impaciencia el instante en que Dios la llame á su seno.

—Ahora no me es dado dudar de vuestras palabras, buen padre: ¡qué ejemplo tan triste de la nada de las cosas humanas, de la debilidad de nuestra inteligencia!... ¿Quién habria previsto nunca semejante suceso? ¡El emperador Carlos V perder la razon!... venir á parar en un loco!

El monge palideció de cólera y agarró al jóven con violencia del brazo.

—¡Insensato! ¿qué pronuncias? Carlos V goza de su razon.

—No, padre mio, eso es imposible; si no hubiera sido herido por la mano de Dios, si conservase el juicio como pretendéis, no se espondria de esta manera á la risa de la Europa y del mundo entero. Si queria consa-

grarse á Dios y ocuparse de su salvacion, ¿no podia hacerlo sin renunciar á su corona?... Aun cuando su abdicacion no fuese una prueba concluyente de su locura, estos funerales anticipados, esta ceremonia ridicula que va á celebrarse mañana aquí mismo, en este monasterio de San Yuste, ¿permitirian ¡ay de mí! dudar un instante de la demencia del emperador Carlos V? ¿Debia concluir su gloriosa carrera de un modo tan burlesco? ¿No podia imitar hasta el fin á Carlo Magno, de quien era digno émulo, y cuya corona ceñia tambien?

Conociase que las palabras del jóven herian y lisongeaban á la vez al monge, pues tan pronto se arrugaba su frente como aparecia la sonrisa en sus lábios.

—Está poco poblada aun tu barba, jóven poeta, para que puedas juzgar sin temeridad acerca de las acciones de Carlos V. Manos á la obra, compon los motes que te he pedido, mientras pinta tu compañero los escudos en que deben ostentarse los cuarteles de Carlos V. Estéban, aquí en este libro encontrarás todos los que necesitas.... y cuidado con olvidar ninguno de sus títulos: emperador de Alemania, rey de España y de las Indias, de los Países bajos, emperador de Romanos, rey de Lombardía etc. Volveré esta noche á cerciorarme si sois dignos de la confianza que os dispenso.

—Alejose el monge, y los dos jóvenes se dispusieron á trabajar; Estéban con la paleta en una mano y el pincel en la otra, y su compañero sentado al pie del catafalco, apoyando la cabeza sobre una de sus manos, y llenando con la otra de versos su libro de memorias.

(Se continuará.)

## CONSERVACION DE LA LECHE SIN CORTARSE.

Para mantenerla fresca en las embarcaciones y en los climas calientes, se sigue el método siguiente: Se preparan unas botellas bien limpias y secas, en las cuales se echa la leche á

medida que se ordeña, y se corchan bien, sujetando perfectamente el corcho con bramante ó hilo de alambre: se echa paja en el suelo de una caldera, en donde se colocan las botellas,



forrándolas con paja, hasta que la caldera quede llena. En seguida se pone agua fria y se coloca al fuego, y cuando empieza à hervir se la separa para que se enfrie gradualmente. Terminada esta operacion, se van sacando las botellas y empaquetándolas con paja ó

aserradura de madera en cestas, que se depositan en el parage mas fresco del buque, ó en una pieza fresca. Leche conservada de este modo se la ha encontrado despues de diez y ocho meses tan dulce y buena como si se acabara de sacar de la vaca.

### ANÉCDOTA.

Defendiendo en Bélgica un abogado la causa de un niño de 4 à 5 años, le hizo llevar al tribunal. En medio de su discurso le tomó en sus brazos, y lo presentó à los jueces, diciendo las cosas mas tiernas. El niño lloraba, y secundando su llanto la elocuencia del defensor, escitaba la compasion de toda

la asamblea. Inquieto el abogado contrario al ver conmovidos así los corazones, le ocurrió preguntar al niño por qué lloraba, ... «porque me pellizca,» respondió el inocente. Los jueces no pudieron contener la risa; el auditorio empezó à gritar, y perdió su causa el elocuente defensor.

**AVISO.** En la sesión de esta noche se tocarán y cantarán algunas piezas, y se leerán composiciones poéticas.

### NOTA.

Los socios del Liceo encargados de la redaccion de su periódico, han visto con disgusto que se han deslizado algunas erratas de imprenta en los números publicados: estas faltas leves, producidas porque no siempre sus ocupaciones les han dejado tiempo para corregir las pruebas, no merecerian citarse à no haber recaido principalmente en algunas poesías, desgraciando sus versos: à continuacion damos las mas interesantes, ofreciendo à nuestros lectores que se evitará su repeticion.

### ERRATAS.

En el núm. 5, ODA AL SOL, pag. 36, columna 2.<sup>a</sup>, línea 22, donde dice *laura y palma*, léase *lauro y palma*.

En el núm. 7, POESIA DE DON ANTONIO APARICI, pag. 52, colum. 2.<sup>a</sup>, lin. 7.<sup>a</sup>, donde dice *resistirse podia*, léase *resistirse podrá*.

En el núm. 9, POESIA DE DON ANTONIO APARICI, pag. 69, colum. 2.<sup>a</sup>, línea 23, donde dice *Su plata avaro y cruel*, léase *Su plata avaro cruel*.

En el núm. 10, EL POBRE, pag. 74, co-

lumna 1.<sup>a</sup>, lin. 9.<sup>a</sup>, donde dice *pasándose mis años*, léase *pásanse mis años*. Y en la pag. 75, colum. 1.<sup>a</sup>, lin. 45, donde dice *yo no la puedo amar*, léase *yo no puedo amar*.

En el núm. 11, LA ESPERANZA, pag. 89, colum. 2.<sup>a</sup>, lin. 5.<sup>a</sup>, donde dice *Pues de ilusion se alienta*, léase *Pues de ilusion se alimenta*.

En el núm. 12, A MI AMIGO DON JACINTO RONDA, pag. 94, colum. 2.<sup>a</sup>, lin. 7.<sup>a</sup>, donde dice *Que no hay capa de ventura*, léase *Que no hay copa de ventura*.

*El periódico del Liceo valenciano no es un objeto de especulacion, sino una empresa dirigida por el celo de sus socios, ajena de todo interés.*

*El precio de suscripcion, calculado solo para cubrir los gastos, es en Valencia 20 reales por seis meses y 36 por un año, y en las provincias 24 por seis meses y 40 por un año. Cada número consta de un pliego de impresion en dos columnas como el presente; formando cada año un tomo de 416 páginas. Con el último número de cada tomo se repartirá una portada y cubierta que sirva para su encuadernacion.*

*Se admiten suscripciones en Valencia en la imprenta de LOPEZ Y C.<sup>a</sup>, y en las provincias en las administraciones de correos.*

*Las cartas y reclamaciones se dirigirán, francas de porte, à la direccion del periódico calle de Catalans núm. 4.*

VALENCIA: IMPRENTA DE LOPEZ Y C.<sup>a</sup>